

y de la extensión al ámbito de los más dispares temas médicos, del popular género de los diálogos en el renacimiento europeo. ■

Jon Arrizabalaga

orcid.org/0000-0002-0740-4951

Institució Milà i Fontanals, CSIC

■ Séverine Pilloud. *Les mots du corps. Expérience de la maladie dans les lettres de patients à un médecin du 18e siècle: Samuel Auguste Tissot.*

Genève: Éditions BHMS; 2013, 373 p. ISBN: 978-2-9700640-1-5. € 45.

Tissot fue un profesional muy interesante en el panorama de la Ilustración, pues abarcó amplios mundos médicos gracias a su eclecticismo y su apoyo en la naturaleza y en el interés por el hipocratismo. Sirvió para propagar el saber médico, que se difunde y populariza en la época, tal como Enrique Perdiguero ha mostrado. Y se interesó por las *sex res non naturales*, acentuando esa tradición clásica nunca abandonada; insistió en esas causas de salud o de enfermedad, que están o no en el cuerpo humano y que interpretadas por los médicos dieron lugar a la dieta antigua, a la higiene moderna, a la regulación de la vida del hombre, sano o enfermo, por parte de la medicina.

Además, los escritos de Tissot llegaron a amplias capas de la población, pues siguiendo la herencia de Marsilio Ficino se ocupó de las gentes distinguidas, así de las letras, las ciencias o las artes. Pero también de los trabajadores, siguiendo la de Bernardino Ramazzini. Como veremos, el exhaustivo estudio de las cartas del fondo Tissot ha permitido a la autora conocer bien ese muy rico caudal de lectores y lectoras de sus escritos, sea el dedicado a las enfermedades nerviosas (*Traité des nerfs...*), al onanismo (*L'onanisme*), a los hombres de letras, hombres y mujeres de mundo (*De la santé des gens de lettres*), o a esa amplia población de destinatarios del *Avis au peuple*. Puede así incluir muy interesantes mapas de Suiza y Europa, mostrando su red de corresponsales, que conocieron su obra.

En alguna edición de su libro *De la santé des gens de lettres*, Tissot añade en nota una carta de un «*très-habile Jurisconsulte*», uno de los lectores de la obra, quien padece de piedras en riñón. Cuenta con gran detalle sus dolores, su evolución y muchos datos personales. Pero me interesa señalar que ha consultado a un médico, primero con buen resultado y expulsión de las piedras.

Luego su consejo y sus remedios dejan de tener efecto. Ha leído en una historia de China que sus habitantes consumen mucho té y no tienen cólicos. Decide entonces probarlo, con cuidada experimentación de sus posibilidades, incluso comparando con otras personas. Consigue un efecto formidable, que Tissot se ve obligado a poner en nota, pues ha afirmado el peligro de la introducción del té en Europa¹. Actúa Tissot por tanto como interlocutor de sus pacientes, enseñando y aprendiendo, lo que nos adentra en el intercambio que se produce en esos escritos de ideas, saberes, sentimientos, opiniones, sentidos, por tanto en la intersubjetividad y la intertextualidad.

La medicina europea nace con el diálogo, el entablado entre Hipócrates y sus enfermos, si bien el escuchar los males de los pacientes se practicaba ya en los templos de Asclepio, donde los enfermos relataban sus visiones y padeceres tras plegarias, ofrendas y sueños. Pero el interés por los síntomas de los enfermos se aprecia en las consultas de esos médicos de la Grecia clásica y sus colonias que, yendo de ciudad en ciudad, o bien establecidos en ellas formando gremio y escuela, atendían por unos dineros a los dolientes, oyéndolos, aconsejando y proporcionando remedios higiénicos, farmacológicos, o bien intervenciones manuales. No está lejos este escuchar de las recomendaciones socráticas para sacar la verdad o la virtud del alma de los alumnos y adeptos. Desde luego, la medicina también estaba cerca de la interpretación racional de la dolencia, pero no menos del enderezamiento del cuerpo y del alma, aprisionados en sus males, en cavernas míticas o en prisiones corporales. Sin duda la medicina estaba cercana a la moral, e incluso a la política. Así ese mítico Hipócrates, recomendando una buena conducta moral o higiénica, o bien salvando a Atenas y negándose a atender a los persas. El médico Philippe Pinel, y otros muchos, lo reafirmarán de forma clara en la Ilustración.

No es por tanto extraño encontrar entre las leyendas de Hipócrates cartas, aunque sean falsas cartas, como las escritas sobre la enfermedad o el talento de Demócrito, que recrea Feijoo con gracia al comenzar el *Teatro crítico universal* en su Discurso «Voz del pueblo». Se inventaron éstas para glorificar también su memoria, pues el médico supo reconocer en el filósofo, considerado loco, que se trataba de una incompreensión ante una sabiduría y un comportamiento distinguidos. No es extraño que siglos más tarde, uno de los personajes que más han buceado en almas y libros, Robert Burton, encabece su libro *The anatomy of melancholy* con el nombre de este filósofo y cartas del nuevo Demócrito a su

1. Tissot, Samuel Auguste André David. De la santé des gens de lettres. Lausanne: François Grasset. Lyon: Benoît Duplain; 1775, p. 210-212

libro (como Ovidio en Tristia) y a sus lectores (como es práctica frecuente). Sin duda, las cartas han sido importantes en la historia de la medicina, sirviendo para la comunicación entre enfermos y médicos, o en estos grupos entre ellos. Se decía que cartas sin dirección ninguna llegaban a sus destinatarios, tan solo con el nombre, cuando se trataba de algunos grandes médicos.

Se quiere en este libro subrayar el carácter históricamente construido de la experiencia y el sentido de la enfermedad, la manera en que se edifica su realidad, pues como vivencia personal remite a una comunidad de representaciones y valores, teniendo un papel esencial la mediación del lenguaje y la intersubjetividad. Quien enfermo se siente, encuentra en su dolor pluralidad de significados, procedentes de la «*culture savante*» y de la «*culture profane*». Una pregunta esencial en antropología y que aquí es necesario aplicar es: ¿las ideas populares vienen de un origen culto, o de la propia vida y experiencia? Sin duda quiso hacer muchos años responder Marie Christine Pouchelle a esta cuestión, al enfrentarse a los escritos de la cirugía francesa medieval. En efecto, como afirmaba esta autora, el cirujano hace bricolaje y sus habilidades vienen de la carpintería, o luego de la mecánica. Y la medicina antigua tiene un claro origen en la dieta y la cocina (R. Joly), y desde luego en su complemento la caza. Tal vez los modelos vienen de la medicina culta, pero también es cierto que la ciencia puede venir de observaciones y experiencias, sea la quina o la vacuna.

Se insertaría esta obra en la ya clásica historia de los pacientes (el *homo patiens* de Michael Stolberg y el *patient* de Philip Rieder, subraya en el prefacio Oliver Faure), pero también en la historia cultural y en la historia del cuerpo. Se remite a la narrativa de la experiencia corporal y a la perspectiva antropológica. No hay duda de que se trata de un intento de dar voz a los sin voz, como se pretendió para el campesinado por *Annales* y para el proletariado por Thompson, propósito que, entre otros, trasladaron a la medicina Dorothy y Roy Porter. Pero en el caso de los pacientes de Tissot, se trata de enfermos ricos europeos, si bien como se señala es muy difícil el estudio del contexto. Falta la voz del pueblo, campesinos y tercer estado modesto (y otros colectivos silentes), si bien Tissot escribió para ellos *Avis au peuple*, con un buen conocimiento de la higiene y el despotismo ilustrados. Sus páginas recuerdan a Ramazzini, o bien a Johann Peter Frank, no menos al hipocratismo del setecientos, o al miedo constante al peligro de las enfermedades epidémicas.

Nos presenta la autora una cuidada historia de la consulta epistolar, así de *consilia* y *consultationes*. Hay una larga tradición de intercambio de información —oral o escrita— entre pacientes y médicos, que se justifica en el interés de éstos en que sus pacientes importantes fueran bien cuidados. Pedro Laín nos ha

contado bien muchas de esas historias en su maravilloso libro *La historia clínica*. Esos relatos patográficos se dirigen muchas veces a personajes nobles, ricos o poderosos, por ejemplo los tratados para reyes o nobles caballeros, como los de Arnau de Vilanova o Lobera de Ávila. No es extraño que cuando Marsilio Ficino se preocupe por la salud de sus compañeros de letras y academia —por Lorenzo de Médicis, en último término—, se dirija a aquéllos para que asesoren su obra. Será el origen remoto del escrito *De la santé des gens de lettres*.

Nos presenta la autora al médico Tissot y el archivo epistolar, nos habla de las redes y fondos epistolares, el uso de esos archivos, antes empleados, como ha sido en este caso, para conocer al personaje y sus saberes. Afirma no seguir el estudio de las formas epistolares, si bien sería importante, pues como muestran los manuales para aprender correspondencia, el estilo y la forma son esenciales. Se preocupa por averiguar las posibilidades y dificultades de recurrir a Tissot, que podrían ser económicas, culturales, nacionales, temporales, políticas incluso. Recordemos la supuesta negativa de Hipócrates a atender al déspota persa, pues es fiel a su condición de griego. También las mediaciones que en la correspondencia surgen, la aparición muy frecuente junto a la letra del enfermo, dotada de su propia autoridad narrativa e interpretativa, de terceros como personas que toman la iniciativa, los familiares, los escritos de recomendación e introducción, los escritores y testigos, los laicos y los clérigos, otros médicos en fin. El dossier de la familia Cart muestra la riqueza de estas consultas, lo mismo la que concierne a Mme. Moreau de la Villegille, pariente del físico Maupertuis (p. 147-153 y 301-312).

Uno duda entre el interés que suscita la aproximación cuidada a estas historias médicas, a estas epístolas clínicas, en que se analizan las relaciones, los personajes, el tiempo y los cambios de la enfermedad, y el intento general del libro de sistematizar los distintos aspectos de la correspondencia, cortando por tanto la vida del enfermo, o de la familia y el entorno. Esto recuerda sin duda el esfuerzo de la *Société Royale de Médecine* por conseguir a través de los informes de sus corresponsales identificar y clasificar las enfermedades, sus síntomas y sus cambios, situándolas en tiempo y en espacio (J. P. Desaive, J. P. Goubert, E. Le Roy Ladurie, J. Meyer, O. Muller, J. P. Peter). Es el mismo sentido que tuvieron antes las noticias y relaciones geográficas (R. Álvarez) y, más tarde, las topografías médicas.

No es extraño por tanto el esfuerzo de algunos pacientes por individualizar su enfermedad, por mostrar que ellos son casos notables e interesantes, cada uno diferente. Trae la autora un testimonio estupendo de La Condamine y otros muchos de la correspondencia del fondo analizado (como el de J. J. Rousseau), en que los enfermos desbordan los intereses y preguntas del médico. Como ese

mismo jurisperito al que he hecho referencia. Son pacientes —distinguidos, desde luego— que quieren y pueden construir su historia, pero también están presentes algunas mujeres enfermas. Desbordan sus testimonios, como la autora escribe, «la prétendue évidence naturelle du discours biomédical» (p. 300).

Se trata por tanto de un ambicioso intento, pues son muchos los temas a abordar, viendo las cartas desde la teoría médica, el mundo social, la imaginación cultural, o bien el archivo Tissot. Se encuentran en él descripciones de la enfermedad, en cartas y memorias, también la mediación médica, las consultas y el *patronage* de colegas o personajes poderosos. Se señala la diferencia entre contar la propia historia, o bien la intervención de mediadores, pues entonces la palabra puede ayudar, pero también impide o descalifica. Sin duda, la actitud es distinta cuando se trata de mediadores o testigos laicos o eclesiásticos, también surgen divergencias entre el enfermo y los que lo rodean, resultando importante la mediación. Se señala el posible beneficio de la interacción epistolar, también el control del discurso, que en otros contextos se evidencia en instituciones cerradas como la cárcel (Antonio Castillo, V. Sierra) y el manicomio (R. Huertas). Entran también en consideración problemas de confidencialidad y de pudor y las relaciones de género.

De enorme interés es la presentación del turismo médico y de la sociabilidad alrededor de Tissot, los tipos de clientes y las condiciones de posibilidad de la consulta por carta. Es muy importante la aportación hecha desde el punto de vista de la historia de los pacientes, si bien se concreta a un grupo social, pues era preciso un cierto nivel para acudir a médicos de prestigio. Se muestra en la obra el mercado terapéutico y las trayectorias posibles de los pacientes, la oferta sanitaria en la segunda mitad del siglo XVIII, aportada por médicos y cirujanos, parteras, matronas, boticarios, charlatanes, meigas, empíricos, sin olvidar el constante papel de la mujer como cuidadora. Tampoco son olvidadas la automedicación y las medicinas populares; ni las regulaciones y disposiciones, tampoco el nivel social de pacientes y de médicos, así el *patronage*. Cuando surgen los grandes hospitales o la caridad pública y, sobre todo, la seguridad social pueden cambiar las cosas. También desaparece la consulta por carta en el siglo XIX (queda la homeopática, se afirma) por los cambios médicos e institucionales, las formas de entender y explorar la enfermedad, los mejores remedios en cirugía y también los cambios en la enseñanza y en los hospitales.

Desde luego, los escritos que se presentan tienen mucho que ver con la semiología médica y con el diagnóstico, con las observaciones del cuerpo y de las emanaciones corporales, con la consideración de la enfermedad como idiosincrasia y alteración de los humores (Hipócrates), o como un conjunto de sín-

tomas, retomando Sydenham y sus seguidores la valiosa utilización hipocrática de los sentidos. Además con la historia clínica que los médicos escriben y con los usos sociales del cuerpo, distintos para la medicina y la cirugía, también para las distintas culturas y épocas. Se tiene en cuenta, también, la temporalidad de las enfermedades. O bien los límites de la consulta epistolar, por nivel social y cultural, por distancia o carácter de la enfermedad. Son importantes los trayectos y recursos económicos, la multiplicación de consultas, las formas de elegir un *soignant*, la negociación —a veces enconada— del sentido de la enfermedad y de las directrices de la terapia.

Son perceptibles las representaciones del cuerpo, que la autora refiere a modelos médicos, como el humoral, mecánico, nervioso..., localistas, orgánicos y nominativos, o el panorama amplio del eclecticismo. El dolor es tema principal. Las *sex res non naturales* lo son también desde luego. Así la enfermedad y la salud se encarnan en la vida del hombre o de la mujer, de los pacientes de Tissot en este caso. Y entran por algunas de sus circunstancias, las desdichas y sufrimientos (la enfermedad como castigo, en que insistió Pedro Laín), la edad como la niñez o la vejez, las ocupaciones cotidianas (el trabajo, desde Ramazzini), el género y la higiene sexual y la moderación. Sin duda el hipocratismo hereda la idea del justo medio de Aristóteles, sobre todo a través de los estoicos, también la del respeto a la naturaleza. Esta es madre de salud y enfermedad, se debe conocer, mejorar y respetar cuando no hay solución. Estas novedades entran en la Ilustración, de nuevo de la mano de Hipócrates. Así en la obra del internista —y alienista—, Philippe Pinel. Entran de nuevo las consideraciones de género (como también se señala en el prefacio), el papel de la mente sana o enferma, la hipocondría y la histeria. La religión y la fe, la *folie religieuse*, el delirio, las brujas y las supersticiones. En fin, la vida de las mujeres y los hombres. ■

José Luis Peset

orcid.org/0000-0001-6295-4545

Instituto de Historia, Centro de Ciencias Humana y Sociales, CSIC